

FRANCISCO PRATS - RAMIREZ

ESTRELLA Y MANANTIAL

TRUJILLO
Y EL PANAMERICANISMO

EDITORIA DEL CARIBE, C. por A.,
Ciudad Trujillo, Rep. Dom.
1958



***Cuartillas leídas en el auditorium de la Junta Central Directiva del
Partido Dominicano la noche del 14 de Abril de 1958.***

F R A N C I S C O P R A T S - R A M I R E Z

ESTRELLA Y MANANTIAL

TRUJILLO
Y EL PANAMERICANISMO

EDITORA DEL CARIBE, C. por A.,
Ciudad Trujillo, Rep. Dom.
1958





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



***Al General Héctor B. Trujillo Molina,
Honorable Presidente de la República
Dominicana, prenda de personal afecto***



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



TRUJILLO, ESCRIBIO CON PLUMA DE SOL...



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



ESTRELLA Y MANANTIAL



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TRUJILLO Y EL MANANTIAL

HAY hombres que nacen con una estrella en la frente y con un límpido manantial en el corazón. Son los privilegiados del pensamiento; son los seleccionados por el destino para sembrar amores en los anchos surcos del mundo.

La estrella, clara de luz, orienta a la humanidad por los intrincados laberintos de las teorías y de los sistemas, de las realidades sociológicas y de los ideales en vuelo de esperanzas. El manantial lleva agua pura de fraternidad para calmar la milenaria sed del hombre de un mundo mejor, de paz, de concordia, de comprensión, de solidaridad, de amor.

El conquistador de pueblos, el esclavizador de naciones, el vendaval acerado que rompe con el chispeante casco de su caballo de guerra el pecho del hermano herido, no tienen la fúlgida estrella en la frente, ni el cristalino manantial en el corazón. Bajo la obstinada testa, en el brazo musculoso y certero llevan una tea. Pasan por la historia quemando lo que Cristo levantó con



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

palabra mansa y gesto de serenidad sublime. Destruyen, no edifican. Cubren de sombras lo que debía ser luz. La vieja mancha de Caín conserva su rojo de maldición por culpa de ellos. Por ellos siguen los hombres condenados a la ciega incomprensión de la torre babélica. En la dolorosa historia de las naciones destruídas, de las ciudades pulverizadas, del odio entre pueblos y razas, sus nombres están escritos con infernales letras de fuego: Gengis Kan, Atila, Drake el inglés, el corso Emperador, Guillermo el germano, Stalin el ruso.

Pero la estrella y el manantial son tenaces, indestructibles, inmortales. No mueren en la cruz del Calvario con el lancetazo de Longino; no perecen en las grutas de los cristianos perseguidos; no dejan de brillar ni de correr cuando un loco rompe la carne del iluminado Abraham Lincoln; se mantienen su fulgor y su murmullo cuando cae abatida la frente de sueños de José Martí, como pervivieron cuando expiró aquel grande de la libertad y de la unificación americana que fué Simón Bolívar y cuando el plomo hace rodar por el polvo la intrépida figura de Francisco del Rosario Sánchez.

La estrella que otea siempre el futuro desde la altura de un grande hombre; el manantial que corre hacia el mañana desde



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

la fuente matriz de un corazón cristiano, las tiene, por don de Dios y del Destino, la epónima personalidad de Rafael Leonidas Trujillo Molina. Nació para construir. Vive para crear. Las infatigables alas de su pensamiento cubren a América y al mundo en un enhiesto empeño de paz, de justicia, de unión.

Se ha dicho que la historia es la biografía de los más selectos arquetipos humanos. Trujillo es ya historia. Sus huellas son indelebles en el polvo de oro de las crónicas de las grandes hazañas. Sus laureles crecieron en este altivo y heroico peñón del Caribe, pero su grandeza, su gloria, la inmortalidad de su nombre, son americanas, porque americanos son, en ideal, en interés, en orientaciones, la estrella de su frente y el manantial de su corazón.

Héroe dominicano, Libertador dominicano, Trujillo es también el noble Caballero Conductor de una Cruzada sin hierros para lograr que América cumpla, ¡por fin!, el imperativo mandato de su destino.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

VIVIAMOS en el caos. La República Dominicana, olvidada por algunos, desconocida por muchos, no tenía alientos para estructurar una política exterior y hacer oír su voz en los cónclaves internacionales. Las ambiciones encontradas, los hombres de la montonera que raptaban el poder, la incapacidad dirigente, el desorden administrativo, la pobreza general, nos limitaban a ser un minúsculo punto negro en el colorido mapa de la amplitud continental.

No teníamos prestigio. La dolorosa aventura de levantar las columnas de un estado en una nación inflexiblemente castigada por leyes sociológicas regresivas, no importaba al mundo y nos consumíamos en nuestro propio drama interior sin gloria y sin provecho. Tan poco parecía valer nuestra desventurada patria de ayer, que la anexión a España en 1861 no tuvo impactos con la doctrina de Monroe, articulada desde el año 1823.



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

Las pupilas y el oído del mundo no fijaban su atención en nuestro meridiano caribeño. Eramos demasiado pequeños para vernos y no se podía escuchar la balbuciente fraseología de un pueblo con sordina de desamparo. No nos subíamos a la montaña para percibir horizontes más amplios. Eramos una tierra sin propósitos, sin finalidades, sin planes.

Estuvimos ausentes del Congreso Americano de Lima, en 1847, cuando los tres años de amenazada vida independiente debieron obligar a hacer sacrificios para estar allí y establecer relaciones, iniciar negociaciones y conquistar simpatías. No pudimos asistir al otro Congreso celebrado en la misma ciudad virreinal en Octubre de 1864, porque sobre el asta frágil de la anexión flotaba en nuestro territorio la gloriosa bandera de España. Nadie notó la ausencia de la hermana antillana que había perdido su soberanía en un estrépito de errores y de olvidos nacionalistas.

En 1883 estuvimos representados en el Congreso de Caracas. Nuestra delegación tuvo una actuación sin relieves, ya que la esterilidad gubernamental la envió a Venezuela con las manos y las mentes vacías de iniciativas y de proyectos. Tuvo única-



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

mente el pasivo honor de firmar un convenio de arbitraje obligatorio.

Con notoria miopía, con pesada somnolencia tropical, con profunda incomprensión de la etapa político-económica que vivían, los pseudo estadistas de la época no supieron encontrar los medios para que la República estuviera representada en la importantísima Conferencia que inauguró sus labores el 2 de octubre de 1889 en Washington, cuando el maquinismo industrial entonaba himnos triunfales a la gran potencia que ya abría sus brazos en optimista expansión capitalista. Sin previsión, sin capacidad, sin habilidad, el gobierno de aquellos días neblinosos obligó a la República a ser la única nación invitada que no concurrió a la gran asamblea.

Después fuimos a la Segunda Conferencia Panamericana de México y a otras, siempre tímidos, siempre mediatizados, siempre sin brújula precisa para señalar nortes constructivos de interés nacional y de conveniencia americana.

Vivíamos en el caos. En las altas responsabilidades del gobierno, la mediocridad sonreída y estática burlaba las hondas



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

aspiraciones de un pueblo flagelado, desorientado, anemiado, empobrecido, por la inextingible tragedia de las guerras fratricidas que, solo en los cuarenta años anteriores a la Convención Domínico-Americana de 1907, fueron cuarenta, “causando un desbarajuste político y económico completo”, según el minucioso cálculo y la opinión documentada de Charles Evan Hughes en su comentado libro *“Nuestras relaciones con las Naciones del Hemisferio Occidental”*.



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

TRUJILLO no es un Dios, pero como un Dios venció el caos e hizo un mundo de la nada. La República Dominicana es y será gracias a él. La amarga noche de las revoluciones quedó atrás; las masas sin pan, sin cultura, sin salud, viven felices; el Estado dominicano es una viviente realidad política y no un vaporoso cánon constitucional.

El perínclito dominicano dió a su pueblo lo que le faltó en un siglo de naufragios. Llevaba en el manantial de su corazón las espinas de todos los dolores de su pueblo. El esclarecido americano tenía en la estrella de su pensamiento, en perenne preocupación, en acendrado amor, en previsor instinto, el destino de América, el porvenir del continente, la suerte de un mundo cristiano separado por fronteras e intereses frente al cataclismo totalitario y ateo.

Trujillo ama a América, la siente en el hondón de su pecho másculo y la desea unida, solidaria, democrática, justa, cristiana,



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

respetuosa y respetada en su grandeza material y espiritual. Hombre de brillante pensamiento y de acción sin fatigas, lucha por su ideal denodadamente, valientemente. Nadie le aventaja en fervor americanista; ninguno le supera en la constante y responsable vigilancia de los peligros que puedan amenazar la tradición cultural o la imprescindible unidad continental en las horas decisivas que vive el mundo.

Intrépido, varonil, capaz, idealista, pragmático, Trujillo es un Adalid de la América. Algunas veces marcha solitario por el camino de la comprensión y de las esperanzas; pero siempre su voz es firme, su gesto adecuado y su actitud clara y definida.

Porque entiende que las naciones de América deben ser absolutamente libres, absolutamente independientes y absolutamente soberanas, rompió las cadenas financieras que nos ataban casi desde el nacimiento de nuestra República.

Por amor a América, siempre ha deseado que una paz de justicia y de auténtica fraternidad reine entre gobiernos y entre pueblos. Inicia y auspicia toda orientación pacifista. La paz es la única forma de que las naciones de América desarrollen sus riquezas, para elevar así el nivel de vida del hombre del pueblo;



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

pero, para Trujillo es algo más: es el ámbito necesario para que América constituya una unidad espiritual y cristiana apta para ser auténticamente un mundo nuevo. Cuando la metralla intenta destruir la hermandad de Bolivia y Paraguay y el Chaco es tierra de sangre y de heroísmo, su voz apostólica y amiga llega hasta el sur en inspirada petición de paz. Cuando Colombia y Perú olvidan momentáneamente las consignas inmortales de Bolívar y su diferendo toma aspectos bélicos, la grandeza americana de Trujillo lleva albas banderas hasta el inquietante trapeo de Leticia.

Labor americanista de paz es la actuación personal de Trujillo para resolver el viejo litigio fronterizo con Haití, hasta firmar el Acuerdo del 27 de febrero de 1935 y el Protocolo del 7 de enero de 1936, que establecieron el estatuto jurídico que rige la línea de frontera dominico-haitiana. En el seno de la Conferencia de Buenos Aires, con digna sinceridad, el Presidente de la Delegación de México declaró que estos acuerdos constituían el mejor aporte que se había hecho a la paz continental,

Cuando Trujillo lanzó a los vientos libres del Hemisferio su inmortal iniciativa de una Liga de Naciones Americanas, se invistió con la áurea calidad de primer panamericanista. Fué el



17 de Julio de 1935. Su pensamiento, radiante, edificador, constructivo, fué ratificado el 11 de febrero de 1936 en su ya famosa carta al Presidente Roosevelt. El 5 de diciembre del mismo año 1936, la iniciativa del estadista dominicano llegó a la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz de Buenos Aires, ataviada de perfección en los treinta artículos que había redactado con mano maestra.

Las fechas anotadas no caerán en el olvido de las imparciales divinidades que organizan los pesados infolios de la Historia. Bolívar no había arado en el mar en sus sueños del Congreso de Panamá de 1826!

Pensando en América, amando a América, actuando como un panamericanista de previsor y estructurante visión ecuménica, Trujillo escribió con pluma de sol el magno proyecto. La paz, la organización jurídica de América, tienen que ser fruto de la propia América. La Unión Panamericana era una institución de reconocidas limitaciones. La intervención ginebrina en la guerra del Chaco, lenta, leguleyesca, inútil, en las dieciséis reuniones de su Consejo y en las dos reuniones de sus Asambleas, era prueba evidente de ello. Tampoco parecían tener plena eficacia los pactos más o menos bien intencionados, puesto que



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

mientras esos choques ocurrían —1928-1934; 1933-1934— estaban en vigor un Convenio de Conciliación y un Acta General Interamericana de Arbitraje, firmados en Washington el 5 de enero de 1929 y el Pacto de No-agresión y Conciliación, firmado en Río de Janeiro el 10 de octubre de 1933. Trujillo fué en la Conferencia de Buenos Aires, como siempre, vocero de las más imperiosas necesidades, de los más profundos sentimientos de unificación de América.

La fuerza creadora del ideal de Trujillo, la influencia decisiva de su pensamiento, llegaron, triunfales, a la Carta de la Organización de Estados Americanos firmada en Bogotá el 30 de abril de 1948. Esa Carta podrá ser reformada en detalles, ampliada en efectividad; pero sus principios fundamentales son los mismos que nacieron en la mente privilegiada del esclarecido Conductor dominicano. Gloria de Trujillo es gloria de la Patria y enaltecidos debemos sentirnos los que la llevamos enraizada en el alma como “agonía y deber”, en el sentido martiano, como orgullo y sacrificio en el ejemplo de Trujillo.

No es difícil articular sistema teóricos; es relativamente fácil elaborar con vaporosos adjetivos la adhesión a doctrinas y a principios. La demagogia sabe construir castillos en el aire.



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

Lo importante, lo excelsamente humano, es ofrecer sangre y vida en defensa del ideal que se sustenta o de la palabra empeñada. No hiera la carne doliente y percedera el negar tres veces al Maestro frente al tajante filo de una espada. Son hombres sincérrimos, heroicos, paradigmáticos, los que sostienen su verdad ante la hoguera del martirio o el acero del sacrificio. Trujillo es de este temple.

Trujillo considera a América como una unidad. Siempre la ha aspirado solidaria en el progreso, en la prosperidad, en la cultura, en el peligro. Cuando en la madrugada del 7 de diciembre del 1941 el Japón ataca a la flota norteamericana en Pearl Harbor, el líder dominicano lleva a la acción sus convicciones y la República declara la guerra el día siguiente al Imperio del Sol Naciente. El 12 del mismo mes estábamos formalmente en guerra con Alemania y con Italia. Se había agredido a los Estados Unidos, una nación de América, y el panamericanista integral que hay en Trujillo saltó a la arena con la lanza de su hombría y el escudo de su responsabilidad.

Trujillo, contrariamente a otros estadistas de América en aquellos días cruciales, entendía que “agredido el nuevo mundo se considerará agredida” su propia nación. Sabía perfectamente



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

que la Resolución XV aprobada en la Reunión Consultiva de los Ministros de Relaciones Exteriores en La Habana, en 1940, constituía únicamente un compromiso moral, sin fuerza de obligatoriedad; pero él no es de los que huyen del deber amparados en la interpretación de un derecho. Vertical, imperturbable, firme, enérgico, siempre está donde debe defender los limpios blasones de su ideología y los blancos estandartes de sus convicciones.

La guerra nos hirió en el costado. Sufrimos; cooperamos con decisión y alacridad; sangre nuestra llevó parte de nuestra bandera a los azules sepulcros del mar. Pero, siguiendo a su Gran Capitán, el pueblo dominicano probó la calidad de su panamericanismo, ideal que se hace músculo para la lucha, propósito que acera los pechos para el combate, doctrina que se materializa en intrepidez, en fuerza y en estoicismo.

Nuestra actuación, iniciada y rectoreada por Trujillo, fué reconocida y elogiada por el Presidente Franklyn Delano Roosevelt en carta que dirigió al Generalísimo Trujillo fechada el 15 de junio de 1942. Escribía así el ilustre mandatario norteamericano: *“La magnífica ayuda prestada por el Gobierno y por el pueblo dominicanos en el actual esfuerzo de guerra, ha sido profundamente apreciada y no será nunca olvidada por el pueblo de los Estados Unidos”*.



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

Trujillo va a la guerra porque se ha hecho la guerra a América; pero es hombre de paz, de justicia, de derecho. El estadista que redacta el proyecto de Liga de Naciones Americanas, respeta la santidad de los tratados, considera que América tiene el deber de crear sus propias instituciones jurídicas y autónomas organizaciones políticas. Cree que “el continente de la esperanza” ha elaborado ya un Derecho Internacional Público peculiarmente suyo e implanta su enseñanza permanente en nuestra primigenia Universidad, para que sigan su ejemplo otros altos centros de estudio en las Américas. Entiende que América —anchura de paz y altura de comprensión— debe borrar con las aguas bautismales de su democracia el legendario pecado del odio entre razas, pueblos e individuos y aquí llegan, para ser estrechados por la cruz viva de sus brazos cristianos, los perseguidos o los necesitados procedentes de todos los puntos de la rosa de los vientos. Piensa que América debe ser grande, no solo por la extensión de su territorio, por la riqueza de sus campos y por los tesoros de sus minas, sino por la calidad espiritual de sus hombres y auspicia, ayuda, protege e impulsa en nuestro hemisferio, todo lo que pueda ser decisivo factor para lograr esa elevación: religión, arte, letras, moral, filosofía, ciencias.



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

UN panamericanista de tan arraigadas convicciones como Trujillo, tenía que enfrentarse al dragón rojo del comunismo con todas sus inagotables energías. Las raíces históricas de ambas Américas son de cristianismo y de libertad. No podemos aceptar disolventes ideologías esclavistas y ateas. América no es tierra propicia para el látigo y la servidumbre y látigo y servidumbre son las prácticas del marxismo en función de gobierno y en organización de Estado.

América tiene una moral desde los seculares tiempos en que los misioneros de Cristo plantaron la cruz en lo alto de sus montes y en la extensión sin fin de sus praderas. América tiene una tradición de decencia desde el desembarco en las costas del Norte de los esperanzados peregrinos del Mayflower. El comunismo, como idea y como acción, carece de ética. Burla, escarnia y destruye todo lo que es fundamental en la vida espiritual del



hombre. El padre, el hermano, el amigo, dejan de serlo, envueltos en la perfidia que se enseña a las generaciones que se levantan. Comunismo es negación de Patria y América es una resonante epopeya de patrias en victorias de independencia. Tenemos un arco iris de banderas con tradición y con historia y no aceptamos cobijarnos bajo la impersonalidad sangrienta de un pabellón de exterminio.

El comunismo ha dejado de ser un peligro ideológico, una amenaza moral, para transformarse en agresión imperialista, en sojuzgamiento de pueblos y naciones. Ya no es una dialéctica hegeliana en aptitud de proselitismo, es una poderosa fuerza militar en marcha de conquista.

Frente al tentacular monstruo comunista, señero, apostólico, valiente, como un héroe de leyenda defendido por una armadura de milagroso acero, está Trujillo. El Evangelio alienta su corazón; el ideal panamericanista mantiene la fortaleza de su brazo viril. Cuando muchos, remisos, hipócritas o acobardados, guardaban silencio, el Adalid dominicano, convencido y combatiente, se hizo clarín de bronce de la libertad de América y el eco de sus orientaciones y advertencias salta cordilleras, vadea ríos, conmueve conciencias, edifica opiniones y mantiene a América



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

enhiesta, digna, al pie del arca de sus tradiciones culturales. Trujillo ha sido, es y será el más resuelto oponente a las diabólicas legiones comandadas por los espectros trágicos de Marx, de Lenín y de Stalin.

Es natural que el panamericanista que así ocupó puesto de vanguardia en la defensa de América, seguido por su pueblo, sea visto con desaprobadora mirada por las pupilas comunistas y por aquellos que, ataviados con paupérrimos disfraces liberales, sirven sus malvados intereses. De su confabulación siniestra vinieron los agoreros pájaros de acero que fueron abatidos en Lupe-rón. De su acción anarquizante surgieron los planes de la fracasada invasión desde Cayo Confites. De su alforja de falsedades y mentiras salen las saetas con que se pretende herir, inútilmente, al grande hombre americano.

Los servicios prestados a América por el Padre de la Nueva Patria dominicana son inapreciables. Pero imponderables son, en la permanente vitalidad de su acción, en el ejemplo de sus vigili-as, en la altura de sus decisiones, los que ha rendido Trujillo a América frente a la tenaz infiltración, frente a la creciente amenaza del comunismo. Junto al fulgor de su pecho constelado de merecidos galardones, brillará siempre la máxima condecoración de la gratitud de los hombres de buena voluntad en todo el continente.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

HOY, Día Panamericano, es fecha propicia para hacer recuentos del pasado, balances del presente y formular promesas para el porvenir. Mientras las banderas flotan jubilosas en la jornada conmemorativa, hay que pensar en las urgencias de América: reforzamiento del espíritu de solidaridad, erradicación de toda tendencia discriminatoria, aspiración de una prensa fuera del control de grupos demagógicos, sincronización de esfuerzos económicos para el progresivo bienestar de las masas populares, control gubernamental sobre las actuaciones de organizaciones subversivas de tipo internacional, creación de un ambiente sin reservas para la unidad en la defensa militar hemisférica, soldadura de los eslabones rotos en el frente común anticomunista, oposición, cada día más, de la espiritualidad de la religión al materialismo de las doctrinas totalitarias y ateas.

Esas pautas de orden, esas directrices sustanciales, son las que ha señalado en su extraordinaria obra de gobernante, de



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

estadista y de panamericanista el genio de Trujillo. Acatándolas, florecerán en América los jardines de la esperanza, eficiente será nuestra resistencia y victoriosos nuestros ideales en las batallas con que pueda castigarnos el Destino.

La técnica, servidora de la ciencia, puede y debe seguir sus aventuras mágicas, explorando cielos desconocidos, acercándose a la plata de la luna y a la hoguera del sol. Dios puso en la mente del hombre la antorcha para alumbrar oscuridades y en su corazón prendió el anhelo del vuelo y la ascensión. Valen mucho las triunfales experiencias de la técnica con sus cohetes intercontinentales y con sus pequeños satélites que deben provocar bondadosas sonrisas en el Supremo Hacedor. Pero más valen el alma y el espíritu de la humanidad.

La economía es un factor preponderante en la evolución de los pueblos. No es el único. Solamente los comunistas lo predicaban y lo creen así. Debemos seguir los americanos acrecentando nuestra producción agrícola, explotando las entrañas de la tierra en busca de valiosos minerales y aumentando nuestro intercambio comercial. Pero en esta hirviente etapa histórica que vivimos, lo que necesitamos principalmente son prototipos humanos en la



TRUJILLO Y EL PANAMERICANISMO

dirección de las naciones, hombres de extraordinaria contextura, líderes que lleven en la frente una estrella y en el corazón un manantial.

Es esa legendaria estrella y es ese milagroso manantial los que pueden impedirnos el abismo y la noche.

Pensamiento y bondad; estrella y manantial. Un día, la luz de la estrella se refleja en el cristal del manantial; otro, el manantial se empeña en besar con la frescura de sus aguas el rutilar lejano de la estrella. Es el viejo acercamiento que acuna el ideal que es puro y que aglutina los propósitos que son sanos y altos.

La estrella orientará hacia los establos donde el milagro del espíritu salvará a los hombres. El manantial, calmará, saciará, la calcinante sed de paz y de justicia que padecemos en este desierto de angustias que es el mundo del presente.

Estrella para el camino ríspido y huraño. Manantial para la fatiga y para la herida.

América cumplirá su destino bajo el signo de la estrella y el manantial. Los dominicanos nos sentimos orgullosos del fulgor de la que ennoblece la frente de lauros de nuestro líder y de



E S T R E L L A Y M A N A N T I A L

la pureza del que fluye del corazón magnánimo del perínclito panamericanista Rafael Leonidas Trujillo Molina.

Dios, Nuestro Señor, cubra a América generosamente de estrellas y de manantiales. En alas de la plegaria, imploremos esas bendiciones al Altísimo.

